

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS EN MI VIDA, UNA ANÉCDOTA EN DESARROLLO

Laura Mercedes Delásquez Arroyo



Las presentes líneas tienen el objetivo de celebrar el 80 aniversario de nuestro Instituto, que aunque parezcan muchos, son sólo el inicio de lo que espero sea una larga y prospera existencia. Corría 2002 cuando me encontraba en el tercer semestre de la carrera. Un semestre que fue definitorio para llegar hasta donde ahora me encuentro, pues gracias a que el gran Rolando Tamayo me presentara a Marta Morineau (†), quien me invitó a ingresar al Instituto a hacer el servicio social, pude iniciar así un camino que hasta ese momento sólo había imaginado.

Debo decirlo, la razón por la que Rolando tenía mucho interés en presentarme a Marta Morineau fue por mi incipiente afición al derecho romano y a la filosofía griega, que ahora se ha convertido en una verdadera pasión. Poco después de mi ingreso, Martita, como la llamábamos muchos, me invitó a asistir al Semanario de Lectura del Digesto, dirigido por el doctor Jorge Adame Goddard, seminario al que sigo perteneciendo después de dieciocho años. A partir de entonces, inicié así un estudio sistemático del derecho romano, bajo la guía del doctor Adame.

Posteriormente, al finalizar mi servicio social, continúe apoyando al Instituto, pero en la figura de becaria. Fueron casi cuatro años en los que todos los días aprendía cosas nuevas, mientras dividía mi tiempo entre la esgrima, la Facultad de Derecho y el Instituto, puesto que por eso había salido de mi ciudad natal, Puerto Vallarta, para cumplir un sueño de muchos mexicanos: estudiar en la UNAM, que aun siendo gratuita, implicaba un reto muy difícil

de cumplir para una joven que proviene de una familia con precaria situación económica.

Durante estos cuatro años conocí el Instituto en muchos sentidos, experimenté situaciones de todo tipo y conocí personas de gran valía. Ver en los pasillos a grandes personajes del derecho en México, alimentó siempre mi afán de superación, de tomar cada experiencia como un aprendizaje y de adquirir una disciplina del trabajo continuo. El Instituto, cimentando las bases académicas y de carácter, me formó, me dio herramientas de vida que determinaron lo que ahora soy.

Después de este periodo de cuatro años, no obstante mi gran deseo de continuar en el Instituto, que concebía como mi casa y a algunos de sus integrantes como mi familia, el destino me condujo a tomar forzosamente otro camino en el que seguí vinculada al Instituto y no deje de asistir religiosamente, cada semana, al Seminario del Digesto.

Gracias a las herramientas aquí adquiridas, continúe mis estudios de especialidad en España, la Maestría en Facultad, hasta que gané la única beca para extranjeros que otorgaba la Università degli Studi di Roma “Tor Vergata”, emprendiendo así, junto con mi hijo Leo y la guía del profesor Riccardo Cardilli, una nueva aventura. Esa aventura duró casi seis años, cuatro de los cuales estuve por invitación del profesor doctor Martin Schermaier como investigadora invitada en Bonn Universität, donde se integró Paul al equipo, terminamos así Leo, Paul y yo el doctorado. Digo terminamos, porque gran parte del éxito de los proyectos de un doctorando, que quiere ser académico, se debe a su familia.

Al terminar con este ciclo, y aunque tuve una modesta propuesta para quedarme en Alemania, sólo pensaba en volver de mi exilio voluntario a la UNAM, esperando encontrar un lugar en el Instituto y poder aportar un poco de lo mucho que recibí.

Un día, la diosa romana Fortuna apareció de manera inesperada a través de las palabras de mi *akademischer Vater*, el doctor Adame, quien me comentó que se abriría un concurso para ingresar como investigador. Ante dicha noticia, no dude ni un segundo y puse manos a la obra para participar. Como era esperado, fue un concurso muy concurrido.

Ahora, a más de un año de mi reingreso y viendo en retrospectiva el aún corto camino que he recorrido, soy consciente de ser una persona muy afortunada, pues aun cuando muchos momentos fueron más que difíciles y llenos de obstáculos, tengo la honra de formar parte de este Instituto tan prestigioso. Situación que me infunde el compromiso de desarrollar mi labor académica

y profesional con estricto cuidado y dedicación, pues considero que todo académico tiene una responsabilidad enorme y un deber de cuidado amplio para con sus colegas, alumnos y toda persona que requiera de su trabajo. Este compromiso no sólo es mío, sino que caracteriza la labor permanente de todos aquellos que conformamos el claustro de Investigadores.